

Aprovechando que estoy en Oviedo y que el año que viene es el bicentenario de su fallecimiento, quiero comenzar haciendo mención a uno de los grandes asturianos de todos los tiempos, Gaspar Melchor de Jovellanos, un estadista que representa lo mejor de nuestra tradición y con él que siempre he sentido un vínculo de afección profundo, tanto por su comportamiento y creencias personales, muy cercanas a las mías en muchas dimensiones, como por sus abnegados servicios a España.

Recuerdo, hace ya muchos, muchos años, cuando apenas era un chaval, la impresión que me supuso saber que Jovellanos había acometido la ardua labor de aprender inglés ya de mayor para poder leer a Adam Smith y su magnum opus, *La Riqueza de las Naciones*, en el original y no en una de las más o menos acertadas traducciones al Francés o al Castellano que por aquel tiempo circulaban. Como recoge el propio Jovellanos en su diario del 25 de Mayo de 1796:

“Acebedo, el día 23 acabé la lectura de Necker, y empezó a leerme el Smith; va para mí de tercera vez.”

Y luego, en otra entrada:

“¡qué admirable cuando analiza!”

Tanta influencia tuvo en el pensamiento de Jovellanos la lectura de *La Riqueza de las Naciones* que este trabajó, sin completarlo, en un compendio del libro, para facilitar su difusión entre el público español.

¿Por qué me produjo tanta impresión esta decisión de Jovellanos de aprender inglés y qué relación tiene con mi visión del mundo como economista?

Quizás, en beneficio de todos los presentes menos familiares con la historia de mi disciplina, merezca la pena enmarcar el contexto. Los economistas pensamos en Adam Smith como el padre de nuestra ciencia y la publicación de *La Riqueza de las Naciones* como el primer libro moderno de economía, una obra tan llena de intuición y de profundas ideas, que aun hoy, en Octubre del 2010, merece la pena leerla. Aunque muchos otros antes que él habían pensado acerca de la mayoría de los temas que luego constituirían la ciencia económica, Adam Smith fue capaz de compilar todos los conocimientos existentes en un conjunto coherente y sistemático y de encauzar a la economía por el camino que, en un sentido bastante claro, ha continuado por más de dos siglos.

Aunque no sabemos exactamente cuándo Jovellanos entró en contacto por primera vez con *La Riqueza de las Naciones*, sí que sabemos que para 1784 ya estaba familiarizado con el libro y que apreciaba la importancia de sus contribuciones. Dado que *La Riqueza de las Naciones* fue publicada por primera vez en Inglaterra en 1776 esto nos indica que, apenas unos años después de su primera edición, en un mundo no hace falta recordar sin internet ni medios de comunicación modernos, Jovellanos estaba ya al tanto de los últimos desarrollos intelectuales de

la ilustración escocesa y que había comprendido hasta que punto tan importante era el trabajo de Adam Smith, que había que aprender inglés, una lengua poco cultivada en nuestro país que siempre se había decantado por el Francés, para leerle.

Aquí es donde conecta la historia de Jovellanos con la mía propia. Jovellanos entendió, quizás como nadie en su generación en España, la importancia que tenía la economía para el adecuado gobierno de la sociedad y que para ello había que aprenderla y estudiarla directamente de los mejores maestros, por mucho que esto supusiera sacrificios. O, utilizando dos expresiones que nos gustan a los economistas modernos, que hay que estar en la frontera del saber y que uno tiene que aspirar a la excelencia.

Y esa fue mi decisión también, inspirado por el ejemplo de Jovellanos, en algún momento del segundo año en la carrera de económicas y empresariales. Había llegado a la conclusión, después de leer y pensar por mucho tiempo, que la economía era la mejor manera de entender el mundo moderno en el que vivimos y que si los mejores economistas del planeta estaban en Estados Unidos, yo también debía de marchar allende el Atlántico. No había excusas para hacer lo contrario y optar por una solución intermedia era no apuntar a lo más alto.

Así, justo al acabar la carrera, y gracias al generoso apoyo de una beca de La Caixa, llegue a Minneapolis a estudiar el doctorado en el departamento de economía de la Universidad de Minnesota. Aún recuerdo como si fuera ayer una conversación con mi tío abuelo Ángel, en Pola de Lena, cuando le dije que marchaba a Minneapolis. Él inmediatamente recordó que, siendo joven, leía novelas del oeste americano y que uno de sus personajes favoritos se llamaba el “chico de Minneapolis.” Esta anécdota ilustra, quizás mejor que ninguna otra lo exótico que puede parecer Minneapolis, pero mi elección de departamento lo era, en realidad, mucho menos.

En Minnesota ha estudiado una buena parte de lo más destacado de la profesión de economistas españoles, empezando por Andreu Más Colell, quizás el mejor economista español de todos los tiempos, y muchos otros como nuestro anfitrión, Don Josep Oliu. Era, pues, natural, que yo pidiese el ingreso en Minnesota y más o menos probable que la Universidad me aceptara.

El departamento de Minnesota es un sitio muy especial, donde la economía se siente con una intensidad difícil de describir para aquellos que nunca han vivido en un ambiente como ese. Al desayunar, se habla de economía, luego se trabaja, en economía claro. A la hora de comer, se habla de economía, luego se trabaja más y se cena, hora en la que se habla de economía. Si el día lo permite, uno se va a tomar un café después de terminar las labores, donde, bueno ahora cambiamos un poco, se habla de economistas (siendo como somos una profesión bastante cotilla) y de los últimos rumores de la universidad.

Mis memorias de Minnesota son de cinco años de duro trabajo pero también de cinco años de profunda felicidad por poder estar haciendo lo que quería hacer desde hacía mucho tiempo: dedicarme a tiempo completo a la academia y estar rodeado de algunas de las mentes más brillantes de su generación.

Un recuerdo especial tengo, por supuesto, por mi director de tesis, Lee Ohanian, que tanto me ayudo; pero también por Ed Prescott, con el que hablaba todas las mañanas (el día que le dieron el Premio Nobel de Economía fue uno de los más felices de mi años en la profesión), y por encima de todos los demás, Juan Rubio, mi amigo y coautor por más de una década y que merece mucho más que yo estar en esta tarima en este momento.

Después de cinco años, tenía una tesis más o menos preparada y la defendí en una ceremonia que quizás se parezca poco a las de la universidad española. A los cinco minutos de haber comenzado, me metí en una discusión con Ed Prescott, que era el presidente del tribunal, acerca del papel que debían jugar los métodos estadísticos formales en macroeconomía, que es el área de la ciencia económica que estudia el comportamiento de las economías de un país en su conjunto y mi principal especialidad. Y cuando hablo de discusión, me refiero a Ed y a mí escribiendo furiosamente a la vez formulas en la pizarra de la habitación donde se desarrollaba la defensa y criticando lo que el otro estaba haciendo. Por supuesto la discusión era cariñosa y solo reflejaba la seriedad con lo que todos nos tomábamos la economía. Después de unos 45 minutos, Ellen McGrattan, otra de los miembros del tribunal, nos interrumpió a Ed y a mí para recordarnos que eran las 12 y que nos teníamos que ir a comer. Sus palabras, que aún resuenan en mi cabeza, fueron: “niños, podéis seguir la discusión en el comedor, Jesús: has aprobado.”

Tras tan peculiar defensa emigré a hacia la costa este. La universidad donde había encontrado trabajo era la Universidad de Pennsylvania, o Penn, fundada por Benjamin Franklin en 1740. Penn es uno de los centros de investigación más apasionantes que existen para un economista y donde he tenido la fortuna de coincidir con grandes colegas entre los que solo citaré a Mauro Guillén, pues él también recibió este mismo premio hace unas ediciones (por cierto Penn es la única institución que lo ha ganado dos veces).

Ya va para diez años que estoy en Penn, menos breves estancias en Duke y la Universidad de Nueva York, y aún disfruto como si fuera el primer día cada vez que llego a mi oficina en McNeil Building, el bastante dilapidado edificio donde está el departamento.

¿Y qué es lo que hago en esta oficina el día entero? Algunas veces, para aquellos de mis familiares y amigos más ajenos al mundo académico es difícil ver qué es esto de ser economista en una universidad. Unos tienen la vaga idea de que, como profesor, nos dedicamos a dar clases. Y es verdad que damos clases pero, para ser objetivos (y por favor no se lo digan a mi decano), la verdad es que no muchas. Otros tienen la idea de que nos decidamos a mirar la bolsa o el mundo de los negocios, pero en realidad ni somos directivos de empresa ni asesores financieros y pocos consejos puedo dar de dónde invertir la paga extraordinario que uno ha recibido (si es que con esta crisis no se la han quitado claro). Una de las desventajas de ser economista es que, si uno va sentado en el avión y el vecino de al lado siente que quiere hablar para pasar el viaje de manera más rápida, dónde invertir los dinerillos ahorrados va a ser la primera pregunta que te harán cuando le dices a qué se dedica uno, razón por la cual, si ando liado y tengo que trabajar durante el vuelo (lo que es el caso más normal) suelo decir que soy matemático (algo no muy

alejado de la realidad, dado el fuerte componente matemático de la economía moderna), respuesta que inmediatamente concluye la conversación pues el hablador vecino de asiento suele tener terror a los matemáticos (creo que porque tienen miedo a que les preguntes la tabla del 9 o algo así). Finalmente, otros piensan que nos dedicamos a leer gruesos libros y a aprender hechos y teorías. Y sí, es cierto que leemos libros y aprendemos cosas, pero en la universidad moderna, al contrario que en la universidad decimonónica, lo que importa no es lo que uno sabe sino lo que uno hace.

Y lo que hacemos el 90% de nuestro tiempo es escribir trabajos de investigación (artículos, utilizando un Castellano más limpio, pero que quizás no recoge el verdadero sentido de la actividad pues no son, en absoluto, artículos para un periódico o algo similar). Estos artículos aspiramos a colocarlos en las mejores revistas científicas. Estas publicaciones son claves, pues son las que determinan nuestra carrera profesional en la profesión y el criterio con el que se nos juzga.

Déjenme que les dé un ejemplo. El banco de la reserva federal de Filadelfia (el Philly Fed, de manera más corta) tiene desde un tiempo una política por la cual, los economistas del servicio de estudios, solo tienen derecho a una oficina con ventana cuando publican un artículo en una de las mejores revistas científicas en economía. Hace solo dos semanas, tuve la suerte de que uno mis artículo, escrito conjuntamente con un economista del Philly Fed, Pablo Guerrón, fuera aceptado en una de estas revistas. Cuando llamé a Pablo para darle las buenas noticias, su respuesta fue inmediata: ahora cojo varias cajas de cartón y empiezo a prepararme para la mudanza a la nueva oficina (esta política del Philly Fed es, también, uno de los mejores ejemplos de la meritocrática organización de la sociedad americana, donde lo que cuenta es lo que uno ha conseguido, no lo bien que le caes a tu jefe).

¿Y qué es esto de un trabajo de investigación? Quizás la mejor manera de explicarlo es con un ejemplo en concreto. Para ello, voy a tomar uno de mis artículos recientes, escrito conjuntamente con Juan Rubio y Pablo Guerrón, por tres razones. Uno, porque es un trabajo del que estoy particularmente orgulloso y que combina las principales líneas de investigación de mi carrera. Dos, por ser reciente y por tanto mostrar en detalle lo que hago últimamente. Tres, por ser un trabajo muy influido por la pionera investigación de Jordi Galí y por tanto servir como muestra de agradecimiento a su generosidad por venir aquí hoy.

Los economistas solemos empezar siempre por una pregunta concreta. Como decía el gran historiador francés, Marc Bloch, los datos no hablan por sí mismos, hay que preguntarles algo. En este caso, la pregunta es “¿Por qué la economía americana fue más estable entre 1984 y 2007 que en periodos anteriores?”

Una pregunta es buena en economía cuando la respuesta es importante. Y esta pregunta, averiguar por qué la economía americana (y las europeas) fue más estable, es crucial para saber cómo diseñar buenas políticas económicas, el objetivo último de nuestros esfuerzos. ¿Fue por

qué hicimos A? ¿O por qué hicimos B? Déjenme que regrese a Jovellanos. Como servidor del estado, Jovellanos no estaba tan interesado en la economía como una investigación abstracta sino en su aplicación a los problemas concretos de España. Esta vertiente práctica está siempre presente en economía, pero aparece con fuerza especial en macroeconomía ya que al final solo podemos justificar el sueldo que recibimos a final de mes si podemos aconsejar a los ministros de economía y hacienda y a los banqueros centrales acerca de cómo se tienen que comportar y cómo deben de responder a los inesperados giros de la coyuntura.

A riesgo de simplificar, los macroeconomistas han presentado dos teorías distintas de porqué la economía fue más estable. La primera teoría es pura buena suerte. Durante los 70 del siglo pasado hubo sorpresas como los shocks petrolíferos o el abandono de los tipos de cambios fijo que sumieron a las economías occidentales en una profunda turbulencia. En comparación, de 1984 al 2007 no solo no aconteció nada malo sino que encima tuvimos la suerte de ver la caída del comunismo, la incorporación de China a la economía mundial y la gran innovación tecnológica de internet. Decir que un fenómeno social es meramente debido a la fortuna chirría un tanto con nuestra cosmovisión occidental heredada de la ilustración y que nos hace pensar que, por defecto, somos dueños de nuestras acciones, pero la idea del destino, del *κῆρ* que tejen las tres Moiras de la mitología, está más presente en la historia de lo que nos gusta reconocer.

La segunda teoría, en cuya elaboración Jordi tuvo un papel central, es que los bancos centrales empezaron a comportarse de manera distinta. En particular, empezaron a responder de una manera más agresiva a la inflación. Durante la década de los 70, los bancos centrales habían preferido acomodar los shocks petrolíferos y las escaladas de precios con una política laxa. Este comportamiento llevo a una gran aceleración de la inflación. A partir de 1979, las tornas cambiaron, primero en EE.UU. y el Reino Unido y luego en Europa continental (excepto Alemania y Suiza, donde los bancos centrales habían sido mucho más reacios a permitir una alta inflación). Bajo esta nueva política, los bancos centrales comenzaron una decidida lucha para combatir la inflación. De esta manera, y de nuevo saltándome los detalles que aquí en esta exposición son menos importantes, la mayor estabilidad de precios lleva a una mayor estabilidad de la economía. Por ello, esta teoría se llama muchas veces de buena política.

Como comprenderán ahora, una teoría u otra tienen consecuencias muy distintas. Si fue la buena suerte, podemos hacer poco al respecto y tenemos que prepararnos para malos periodos. Si fue, por el contrario, buena política, es clave que sigamos manteniéndola para evitar caer en las turbulencias de los 70.

¿Cómo podemos distinguir entre las dos teorías? En primer lugar hay que evitar caer en la tentación de decir “bueno, seguro que hay un poco de las dos.” Probablemente sí, hay de las dos, pero es muy distinto si es un 90% de una y un 10% de la otra o de un 10% de una y de un 90% de la otra. Al final, hay que mojarse.

Lo que necesitamos es un instrumento de medición del mundo. Ese instrumento se llama un modelo económico.

¿Y qué es un modelo? Un modelo es una representación abstracta y simplificada de la realidad, un pequeño juguete si ustedes quieren. Por definición un modelo deja fuera lo que es menos importante y se centra solo en los mecanismos más centrales en juego. Lo que distingue a un gran economista, como Robert Lucas o Kenneth Arrow, es su capacidad de seleccionar estos aspectos de manera más brillante que el resto de nosotros.

¿Por qué queremos simplificar? Porque el mundo es muy complejo y si no eliminamos los detalles, es imposible entender lo que está ocurriendo. Jorge Luis Borges, en su brevísimo relato *Del Rigor de la Ciencia* imaginaba “un mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él” y que “las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado mapa era inútil y no sin impiedad lo entregaron a las inclemencias del Sol y los Inviernos.”

¿Cuáles son las partes de un modelo? Esto depende un tanto de para qué queramos el modelo y no hay unas reglas estrictas. En nuestro caso, la primera pieza del modelo es poner tres tipos de agentes. Al primero tipo de agentes los voy a llamar familias. Estas hacen lo que suelen hacer las familias en su vida económica: trabajan, ahorran y consumen. En sus decisiones estas familias intentan maximizar su bienestar, sujetas claro a las restricciones que les marca la coyuntura económica. Al segundo tipo de agentes los voy a llamar empresas. Estas también hacen lo que más o menos nos imaginamos que hacen las empresas en el mundo real, contratan trabajadores, consiguen capital y producen bienes de tal manera que intentan que sus beneficios sean lo más altos posibles. Al tercer y final tipo de agente lo voy a llamar gobierno. Este gobierno recauda impuestos, gasta en cosas como educación o sanidad y tiene un banco central que, por medio de su control de la política monetaria, determina el tipo de interés a corto plazo de la economía.

La segunda pieza del modelo es que la economía tiene rigideces nominales. Con ello no me refiero nada más que a la observación que los precios no cambian tan a menudo como deberían de cambiar para tener un comportamiento eficiente. Piensen por ejemplo en un contrato de alquiler de un piso. Normalmente firmamos un contrato por un año y durante este año el alquiler está fijo, tanto al alza como a la baja. La razón es sencilla: sería muy costoso tanto para el dueño como para el inquilino andar renegociando el contrato, por ejemplo, todos los días a las 9 de la mañana. Por eso, lo dejamos para una vez al año y, aunque no sea el precio perfecto, nos simplifica la vida. Que la economía tenga rigideces va a tener un efecto clave: cuando el gobierno cambie la política monetaria, los precios no se van a ajustar inmediatamente, sino que van a tardar un tiempo en cambiar (en mi ejemplo anterior, hasta que renovábamos el contrato de alquiler a final de año). Esto transforma la política monetaria en un factor importante en la correcta gestión de la economía.

La tercera pieza del modelo es que la economía va a estar sometida a shocks. Esto no quiere decir nada más que cosas inesperadas (o fuera del modelo) van a ocurrir. Por ejemplo, la

tecnología con la que las empresas producen los bienes va a cambiar: algunas veces somos más productivos y algunas veces menos. Otro ejemplo es que las familias sufren sucesos inesperados que les obligan a consumir más o menos en este momento. Pensemos en el caso de los que tenemos un coche y no nos queda más remedio que conducir al trabajo. Imaginémos por un momento que, como me ocurrió recientemente, al camión de construcción que va delante de nosotros en la autopista se la cae una piedra y nos rompe el parabrisas. Esto te obliga a llevar al coche al concesionario y cambiarle el parabrisas, lo que es un gasto que no tenía previsto pero casi obligado. Finalmente, los gobiernos también cambian inesperadamente de política. Quizás el descubrimiento por los periódicos de los pecadillos de un ministro le hacen dimitir y el nuevo ministro que le sustituye tiene una visión distinta de la política económica. O simplemente, de los dos asesores que tiene el gobernador de un banco central, uno proponiéndole hacer A y otro proponiéndole hacer B, el primero es capaz de convencer a su jefe porque es más elocuente.

Muy a menudo los macroeconomistas nos lavamos las manos en la descripción exacta de donde vienen estos shocks. La razón es que, para muchos efectos, el origen del shock es menos importante que saber qué hacer cuando este llegue. Piensen cuando uno va al médico porque se ha cortado en un dedo. Al médico le importará, casi siempre, bastante poco si usted se ha cortado con un cuchillo preparando la cena u ordenando unos papeles (como me pasa constantemente a mí). Lo que normalmente es relevante es que uno sufre de un corte en el dedo y qué tiene que desinfectar la herida, quizás poner unos puntos y aplicar un vendaje.

Una vez que tenemos el modelo y los shocks encima de la mesa hay que intentar entender cómo se comporta el modelo. Algunas veces lo podemos hacer con un papel y un lápiz, es decir, nos ponemos a hacer álgebra y encontramos la “solución” del modelo. Pero, especialmente en macro, muy a menudo tenemos que poner el modelo en un ordenador y simular su comportamiento.

Esto pasa en muchas otras ciencias. Por ejemplo, en meteorología, otra ciencia donde los experimentos son casi imposibles y donde la predicción es inherentemente compleja, se utilizan constantemente modelos que son simplificaciones del comportamiento de la atmósfera terrestre y que solo se pueden solucionar con un ordenador.

De hecho buena parte de mi investigación se ha centrado precisamente en desarrollar nuevos métodos de simulación de modelos. Cuando era pequeño, mis padres tuvieron que sufragar la compra continua de ordenadores y accesorios variados como regalos de Reyes por muchos años, empezando por el venerable Spectrum que no si muchos ni siquiera recordarán. Lo que ni ellos ni yo podía sospechar es que el manejo de tales ordenadores me iba a enseñar a programar con cierta soltura (en aquel entonces no había Windows ni cosas similares así que el manejo del ordenador era mucho más complejo) y que esto iba a resultarme de una utilidad fundamental en mis estudios. Quizás esto sea mejor prueba que ninguna otra que la educación abre puertas inesperadas, algunas de ellas décadas más tarde.

Una vez que hemos solucionado o simulado el modelo, tenemos que compararlo con los datos. Aquí es donde llega la econometría, el uso formal de métodos estadísticos en economía. Y es en esta área donde quizás se han producido mis contribuciones más citadas en mi trabajo conjunto con Juan Rubio. Los detalles son técnicos y no quiero aburrir a nadie con ellos. Lo único que uno tiene que saber, en la práctica, es que “estimamos” el modelo con los datos del mundo real.

Una vez que hemos escrito el modelo, que lo hemos solucionado y que lo hemos estimado, podemos utilizarlo para responder a nuestra pregunta original. La mejor manera de pensar acerca de todo esto es mirar al modelo como un laboratorio, una pequeña maqueta que hemos intentado construir tan cercana al original como podemos dentro de la escala que nos permitimos. El modelo no es ni la realidad ni el punto final de nada, pero las respuestas que nos da nos hacen cambiar la manera en la que vemos el mundo, algunas veces más, algunas veces menos.

En nuestra investigación de las causas de la reducción en la volatilidad de la economía americana, encontramos que la política monetaria cambió significativamente en varios momentos de las últimas décadas, incluso después de controlar por los cambios en la “suerte” a la que me refería antes. Primero, al final de los 60, la Reserva Federal empezó a ser mucho más condescendiente hacia la inflación. El razonamiento era que, si bien la inflación era negativa, solo se podía curar con una fuerte recesión y que por tanto, la solución más razonable era aprender a vivir con ella. A finales de los 70, sin embargo, el nivel de inflación había llegado a unos niveles tan altos que la presión política hizo que la Reserva Federal empezase a comportarse de manera muy distinta (en la práctica, con la llegada de un nuevo Chairman, Paul Volcker) y volviendo, en un sentido, a como se solía comportar a principios de los 60. Efectivamente, hubo un coste en términos de una fuerte “doble” recesión en EE.UU., pero el proceso desinflacionario fue más rápido y menos doloroso que lo que muchos economistas se temían.

De esta manera, en nuestro trabajo, Juan, Pablo y yo concluimos que existe evidencia bastante convincente de que la Reserve Federal cambió al menos dos veces de manera importante la manera en la que operaba. Sin embargo, encontramos menos evidencia de que el cambio de política monetaria haya tenido mucho impacto en la volatilidad de la economía real. Más bien, nos inclinamos a pensar que los grandes avances tecnológicos de los 90 jugaron un papel central en la prosperidad de aquellos años.

El problema es que los economistas no tenemos una muy buena explicación de porque el ritmo de crecimiento de la tecnología se aceleró tanto en esos años. Como casi siempre en ciencia, una respuesta abre la puerta a otra pregunta de manera casi automática.

El gran matemático británico Andrew Wiles describe la investigación como entrar en una habitación a oscuras y empezar a buscar el interruptor de la luz. Si uno nunca ha estado en esa habitación, la búsqueda es ardua y nos golpearemos constantemente con los muebles. Pero, con un poco de paciencia, terminaremos encontrando el interruptor. Al encenderse la luz, de repente,

nos daremos cuenta de donde estaba todo y nuestra búsqueda parecerá haber culminado pero solo hasta que vemos que, al final de la habitación, hay otra puerta que nos lleva a otra habitación a oscuras.

Como verán, el escribir uno de estos artículos lleva mucho tiempo: uno tiene que escribir un modelo, solucionarlo y estimarlo, cosas que ocupan muchos meses. Luego, se envía a una revista y uno se tiene que pelear por muchos meses con el editor y los evaluadores anónimos (yo soy editor de una estas revistas, así que durante parte de mi semana lucho en el otro lado de la trincheras) para convencerles que la contribución merece la pena ser publica en la revista y que va a ser lo suficientemente influyente como para generar citas.

Ah, claro, las citas. Les decía antes que publicar es importante. Bueno, pues casi tan importante o más son las citas que uno tiene, pues son las que demuestran lo influyente de su trabajo de investigación. Las citas no son la medida perfecta, por ejemplo se tienen muchas más citas si uno hace trabajo empírico que si uno hace trabajo teórico, pero es la regla más objetiva que disponemos.

La próxima vez que quieran saber si un economista es importante o no, hagan lo siguiente. Vayan a Google y pinchen donde dice Scholar. Les saldrá una cajita de esas de Google y pongan el nombre del economista en cuestión. Pinchen en buscar e inmediatamente le saldrán las citas de cada artículo de ese economista. La regla de oro es que un paper es realmente importante cuando tiene al menos 100 citas y un verdadero clásico cuando tiene más de 500.

Una cosa que quizás les haya sorprendido, y que quizás no se parezca mucho a ciertas caricaturas de los economistas que uno ve a menudo en los periódicos, es que en toda esta discusión es que la ideología o la orientación política no han aparecido por ningún sitio. Y esto es simplemente porque nuestro objetivo es aprender del mundo, no confirmar unos más o menos profundos prejuicios ideológicos. La mejor prueba de ello es que la verdad no tengo ni la más remota idea de a quién apoya políticamente Pablo Guerrón, mi tercer coautor en el paper que acabo de describir, lo que indica que este no es un factor que haya jugado ningún papel en nuestras conclusiones.

Pero el que intentemos que nuestras ideas políticas no influyan en nuestra labor científica no impide que el flujo sí que exista en la dirección opuesta; que nuestro trabajo afecte, profundamente a las recomendaciones que hacemos de política.

Algunas veces nuestras recomendaciones son más generales (conseguir la estabilidad de precios), otras lo son más concretas. En particular, tengo en la cabeza el trabajo que llevo haciendo en FEDEA, la Fundación de Estudios de Economía Aplicada desde hace algo más de un año. FEDEA es una institución independiente de investigación social que lleva promoviendo el desarrollo de buenas políticas económicas en España desde 1985 pero que en los últimos tiempos ha experimentado un auge extraordinario bajo la acertada e innovadora dirección de Pablo Vázquez.

Pablo Vázquez nos invitó a Juan Rubio y a mí a colaborar con FEDEA y, si bien al principio yo era un tanto reacio, la verdad es que la experiencia ha sido magnífica. Primero porque me ha permitido conocer mejor a muchos de los grandes economistas españoles de mi cohorte, en especial Luis Garicano, Tano Santos y Antonio Cabrales, con los que solo tenía antes de empezar en FEDEA una relación muy tenue. Luis, Tano y Antonio me han mostrado que en España hay un depósito de talento profundo y rico y todos los días aprendo algo de ellos. Segundo porque me ha servido para auto-obligarme a pensar acerca de los problemas de nuestra economía durante esta dura crisis que hemos sufrido desde el 2008. Tercero porque me da particular satisfacción contribuir a enriquecer el debate de política económica, en particular por medio de nuestro blog comunitario en internet, www.nadaesgratis.es, cuyo éxito de audiencia nos ha dejado a asombrados de manera colectiva, y ayudar con ello a mejorar el bienestar de todos.

A manera de conclusión y vanamente imitando a mi amado Wagner, vuelvo al leitmotiv original de este discurso, la figura de Jovellanos y su relación con *La Riqueza de las Naciones*. Como decía antes *La Riqueza de las Naciones* fue publicada en 1776, año también, en el que 56 caballeros, más o menos de mediana edad, y reunidos en un pequeño edificio de estilo georgiano, apenas un par de kilómetros de donde está el campus Penn, y muy cerquita de donde vivo, firmaron otro documento que habría de cambiar la historia del mundo, al declarar que “estas colonias unidas son, y tienen el derecho a ser, estados libres e independientes y que toda la conexión política entre ellos y el Estado de Gran Bretaña es y debe ser totalmente disuelta” y asegurar que “Y en apoyo de esta Declaración, con una firme confianza en la divina Providencia, nos prometemos mutuamente nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro sagrado Honor.”

Esto era, como ya se habrán dado cuenta, el acta de nacimiento de los Estados Unidos y el comienzo de la edad contemporánea. El dinamismo del mundo anglosajón, que Jovellanos entendió tan correctamente como para llevarle a aprender inglés, expresado en nuevas formas políticas como la Constitución americana, o nuevas formas de pensar como *La Riqueza de las Naciones* habría de transformar el mundo de manera radical en las siguientes décadas. España, por una serie de motivos que no merece la pena abordar en este momento, llegó tarde a esa transformación, lo que nos trajo innumerables penas y miserias.

Hoy, en Octubre del 2010, el mundo se encuentra en las puertas de otra gran transformación. China, India o Brasil están cambiando el mapa de la producción mundial. Las cadenas de valor añadido se han reordenado radicalmente y el conocimiento y la flexibilidad se han convertido en las nuevas fuentes de riqueza.

Nuestro mejor homenaje a Jovellanos sería que con el esfuerzo de todos, unos como yo desde la universidad, otros en la empresa privada o en el servicio al estado, nos aseguremos que España no pierda este nuevo tren y se transforme en lo que de verdad puede ser, una de las sociedades más prosperas y justas de la historia.

Muchas gracias